

LA MIGRACIÓN INCONTRALADA(SEUDÓNIMO SASTRÓN)

La migración ha existido toda la vida, cuando no ha sido por necesidad, ha sido obligada para ocupar y poblar territorios.

Si hablamos de España, todos sabemos de la migración interior y exterior, ante la falta de recursos básicos y otras en estos tiempos y en otros.

En mis viajes por ferrocarril para alcanzar mis puertos de embarque, coincidiendo con el principio o final de las vacaciones de verano o de Navidad, surgían todo tipo de situaciones de nuestros emigrantes, unos salían hacia diferentes países de Europa y otros de regiones pobres hacia regiones ricas como País Vasco y Cataluña.

A ellos les resultaba extraño ver a un marino del interior de la península, como en aquella época los viajes por ferrocarril se hacían lentos y largos se podía conocer a muchas personas y hablar de muchos temas.

A mí me resultaba muy duro dejar a mis padres, hermanos y amigos pero he de reconocer que era una situación muy diferente a la suya.

Uno de mis viajes fue a Guinea Ecuatorial en 1967, un año antes de dejar de ser colonia española. Sabíamos que nuestra estancia allí sería larga, apenas teníamos referencias de la situación social y económica, sólo de la situación política.

Nada más llegar a Fernando Poo, pudimos comprobar mucha inquietud entre los jóvenes, desconocíamos las causas, pero se notaba en el ambiente con el paso de los días. No era fácil entablar conversación con aquellos jóvenes, desconfiados y reacios a comunicarse. Para el que no lo conozca, Guinea es un país muy rico, en riqueza natural, en el año 1967 poco explotada, predominaba la agricultura, la explotación de cacao, café y especialmente la madera (ébano, ocuré, polisandro) controlada por españoles.

La llegada de un barco a su costa significaba una buena noticia y para los niños pequeños cercanos al puerto más todavía, nada más hacerse de día ya estaban por los muelles jugando y correteando.

Los cocineros conscientes del drama de aquellos niños procuraban hacer más comida para darles a ellos las sobras en desayuno, comida y cena. Muchos de los niños se quedaban a dormir en los muelles de atraque, sobre o entre las balas y fardos de algodón o entre la madera lista para embarcar. Poco a poco los fuimos conociendo, la mayoría de ellos no iban al colegio, no tenían para comer, algunos no sabían quienes eran sus padres, pero la mayoría tenían muchos hermanos.

Así fue como decidimos que los días que teníamos que estar allí, los podíamos hacer felices con nuestra pequeña ayuda, para ellos era una alegría enorme y nos servían de guía en nuestras pequeñas excursiones. Les preguntábamos que era lo que más ilusión

les haría que les compráramos, la mayoría decía ropa porque nunca habían tenido, también nos dejábamos aconsejar por los españoles que vivían allí que no eran muchos. Una tarde mis amigos Mandolo, Bernardo y yo aconsejados por los niños con los que más nos relacionábamos, encaminamos nuestros pasos a la tienda de ultramarinos de Manuel “El Telero”. Enseguida el Señor Manuel, nos sacó pantalones, ropa interior y comida. Cuando se la dimos a los niños nos dijeron que no querían la ropa porque rascaba, no sé de dónde habían sacado aquello porque muchos de ellos no habían llevado nunca.

A los dos días de comprarles la ropa, volvían a llevar los taparrabos, cuándo les preguntamos por la ropa que les habíamos comprado solo unos días antes, uno la había roto y a los otros se la habían robado, así que toda nuestra ilusión al garete, además habíamos acordado con el dueño de la tienda el pago de lo que le habíamos comprado en dos veces, cuándo ya llevábams tres meses allí nos pasamos por la tienda del Señor Manuel para finiquitar nuestra deuda.

El Señor Manuel nos había dicho que era malagueño, no había perdido su acento andaluz, muy culto y buena persona y mejor vendedor, muy mayor para su edad, estaba contento de cómo le habían ido las cosas desde que había decidido dejar Málaga para emprender un nuevo negocio en estas lejanas tierras, pero se notaba que a otros españoles les había ido mucho mejor por haberse dedicado a negocios mucho más rentables como la madera- todos hemos venido a enriquecernos rápidamente para regresar a nuestra tierra-, nos dijo

Yo tenía veinte años y mis amigos Mandolo y Bernardo veintiuno. Después de abonarle lo que nos quedaba por pagar, nos sacó unas pastas y nos expuso el problema de la migración incontrolada, de una forma que recordaré hasta el fin de mis días, mientras sus tres empleados atendían a los clientes que llegaban a la tienda.

Comenzó diciéndonos que le había parecido magnífico nuestro gesto de comprarles la ropa y la comida a los críos- temo que esa no es la solución, quien tiene que solucionar esto, son los políticos a nivel global, para que todo el mundo pueda aprovechar las riquezas de cada país, no tengan que desplazarse y no sepan donde acabarán.

Africa, es muy rica, nos decía, y esta zona tiene de casi todo de forma natural y sin explotar pero muy mal repartida.

Las aves y animales de Africa se van en busca de otras latitudes y cuando vuelven los esperan los depredadores y carroñeros para perpetuar el ciclo de la vida, pero la migración de las personas no la parará nadie, estos pueblos y tribus ante la escasez de

trabajo, sin comida y sin control de la natalidad, el día que decidan ponerse en marcha nada ni nadie les detendrá, métanse por el interior de la isla para conocer mejor la situación.

Con muchas precauciones y haciéndole caso a nuestro amigo el Señor Manuel, nos adentramos en un par de poblados próximos y no continuamos más adentro porque la selva era muy espesa. Fue suficiente con lo que vimos en esos dos poblados para comprender lo que nos había explicado el Señor Manuel.

Cuando regresamos al barco, tuvimos tiempo de reflexionar sobre lo que habíamos visto y nos había explicado el Señor Manuel.

Durante nuestros días en Bata, lo que vimos allí era lo mismo que habíamos visto en Fernando Poo, pero más acusado, más personas en peores condiciones. Los nativos tenían tan interiorizado que eran explotados como esclavos, que no tenían sentido de la responsabilidad, no les importaba después de haber cobrado estar cuatro o cinco días sin aparecer por el trabajo, y para cuando regresaban otras personas habían ocupado sus puestos de trabajo.

Como el puerto carecía de suministro suficiente de agua potable y el barco tampoco conseguía plena autonomía para toda la dotación, nos las ingeniábamos para ducharnos durante la noche, durmiendo en cubierta a la espera de un chaparrón, algo que ocurría con bastante frecuencia y luego una vez secos a dormir plácidamente en los camarotes.

En alguna de esas noches de espera del líquido elemento comentamos lo que nos había dicho el Señor Manuel y lo que habíamos visto con nuestros propios ojos, si esa era la situación en una zona rica de Africa, como sería en una zona pobre, así pasábamos largas horas intentando encontrar una solución a tan grave problema. Esta iniciativa había sido llamada por mi amigo Bernardo tormenta de ideas, se iba convirtiendo con el paso de las horas y la falta de respuestas en tormenta de agua que retomábamos a la noche siguiente.

Llegado el fin de nuestra estancia allí, nos despedimos de nuestros pequeños amigos, con la duda de que sería de ellos y si te los volverías a encontrar si algún día regresábamos.

Ya hace unos años que vemos que los habitantes de Africa se han puesto en marcha en busca de un futuro mejor y no puedo evitar pensar en si alguno de los que llega a Lampedusa o a las costas españolas será hijo o nieto de aquellos a los que un día regalamos ropa y comida.